

MAG

Todos los recuerdos de una vida pugnan por abandonar este cascarón, que se vaciará antes que el cuco haya cantado doce veces esta noche, más ya cerré los oxidados barrotes y todos ellos abandonarán este ingrato mundo conmigo. Al menos este gesto me pervivirá, ya que no dejaré más heredero en esta enorme bola de barro que la jaula que es mi cabeza para este poder devastador. Aún hoy me estremezco cuando pienso en el primer momento revelador de plena conciencia de la violencia del que había de ser mi regalo.

Ese maldito *bastardo* jugó con mis ilusiones, aunque me consuela pensar que cualquiera en mi lugar hubiera elegido tal como hice yo. ¿Consuelo? No, tan sólo consolaría mi alma atormentada la venganza, una venganza imposible que me produce la mayor turbación de todas las que puede albergar un ser humano cuyo cuerpo físico y espiritual está exprimido al límite. Aunque bien pensado, ¿no será este último esfuerzo una venganza en sí misma? No, cuando la bomba que porto esté enterrada, el demonio emigrará hasta las inmediaciones de cualquiera lo suficientemente estúpido, terriblemente ambicioso e incauto que deje que se establezca en sus dominios. Pero ese ya no es mi problema, yo ya no estaré aquí, no tengo nada que temer. Dudo mucho que mis restos puedan sentir dolor cuando este mundo se vaya al infierno. Si lees esto, cuídate, pues tú podrías ser el siguiente. Quizá el último.

Todo comenzó una tarde de primavera bella, radiante. El azul parecía más límpido que en la hora más clara del amanecer de los tiempos, y la gente flotaba ante mis ojos tristes como peones de un ajedrez inmenso manejado por algún poder extraño que se riera de mí. Cuando te acaban de despedir y la gente a tu alrededor parece más feliz que nunca en sus vidas, has de evadirte. Yo salí de la ciudad, sin detenerme hasta que el gris se transformó en verde de infinitas tonalidades y el sonido del tráfico fue sustituido por el trinar de los pájaros y el chirriar de las cigarras. Hacía mucho tiempo que no salía a las afueras de la ciudad. Siempre de casa al trabajo y viceversa. En vacaciones, de casa al coche, hasta el lugar elegido (normalmente a la orilla del mar), y transcurridos los días de rigor, también viceversa. De modo que me sorprendí al vagar por caminos polvorientos que ya no reconocía. La ciudad se apagó abrumada frente al verdor y desapareció de mi vista. Me encontré vagando por la tierra hasta que esta misma desapareció sin que me diera cuenta bajo mis pies. Qué poco sospechaba yo la causa de mi desconcierto. Mi teléfono móvil no funcionaba, y el sol comenzó a decaer. No estaba exactamente asustado, puesto que el día presagiaba una noche cálida, pero en cambio pensaba en mi mujer. Se preguntaría dónde me había metido. Tal vez llamara a la oficina, y mi ex compañero usara su habitual tacto para informarle de que había sido despedido por malversar fondos, lo que no era del todo exacto, más yo no estaría allí para rebatirlo. Me maldije por mi estupidez y pensé demasiado tarde que debería haberla llamado a ella en primer lugar, y después perderme en el bosque como un boy-scout mal entrenado. Pero ya era demasiado tarde para cambiar las cosas. Todas las cosas. Intenté llamar de nuevo, pero no tenía cobertura. Entonces llegué (o *me hicieron llegar*) a un claro y lo vi.

El ser más extraño y extravagante que hubiera podido imaginar se hallaba ante mí, mirándome como si me conociera de toda la vida. Parecía que acababa de llegar al hall de su casa y me estaba invitando a entrar a tomar unas copas.

-Pasa, Arnoud.

Llevaba un gorro de algún tipo de tela amarilla, que no lograba ocultar, ni lo pretendía, las orejas puntiagudas y las greñas de color plata que se sobreponían a unos ojos pequeños que no paraban quietos ni un segundo, y por debajo de estos descansaban una nariz aguileña pero fina y una boca cuajada de pequeños dientes puntiagudos. A pesar de esto, sonreía, por lo que no tuve miedo. Llevaba una especie de jubón que parecía hecho de hojas prensadas, de tonos que variaban desde el verde más intenso hasta el color de la tierra más achicharrada por el sol. Los ridículos pantalones bombachos morados ayudaban a conferirle el aire burlón y novelesco que evitaba el respeto y el miedo que debería haber suscitado la situación. Y sus babuchas de tela y junco emitían pequeños crujidos al moverse que le hacían parecer alguna especie de elfo robot extraído de un cuento de fantasía futura.

-¿Quién eres? ¿Y cómo sabes mi nombre?- pregunté deteniéndome al otro lado del claro.

El bufón, poco más alto que un enano de jardín, sonrió de nuevo, y retorciendo entre sus manos una extraña vara de madera me contestó.

-Ah, ah, ah... Nunca debes revelar tus cartas antes de tiempo, Arnoud. Dejémoslo en que he seguido tus últimos movimientos en la vida; que, por cierto, debo confesarte que me han sorprendido. No esperaba que fueras tan inepto.

-¿Pero cómo te atreves, enano de mierda?- exclamé, lanzándome hacia él.

Con un sibilante sonido que me hizo chirriar los dientes, aquel maleducado personajillo me apuntó directamente con su varita, y mis músculos dejaron de obedecerme. Caí cuan largo era de lado y él se rió. Forcejeé con mi cuerpo hasta que decidí que no me serviría de nada hacerme el salvaje, y miré directamente al enano a los ojos.

-Bueno, enano de colores, ¿y ahora qué?

-Pues la verdad, no sé que decirte. Pensaba ayudarte, pero creía que me tratarías algo mejor. Ahora me estoy pensando si hacer algo contigo o dejarte aquí hasta que te encuentre alguien y crea que te has emborrachado, o drogado o qué se yo. Te aseguro que nadie te creerá cuando vayas diciendo por ahí que has estado conversando con un *enano de colores*, van a dudar si encerrarte en la cárcel por desfalco o en un psiquiátrico por loco.

Yo me limité a seguir mirándolo, sin hablar más, pues cualquiera cosa que mi boca escupiera en aquel momento no serviría sino para provocarme un tormento mayor. Además, al igual que el resto de mi cuerpo, la lengua se me había abotargado, y ya dudaba siquiera de ser capaz de hablar. El pequeño desgraciado bailó alrededor de mí y suspiró antes de continuar hablando.

-Vamos a ver... Voy a soltarte, y espero que después podamos empezar de nuevo. Pero ten cuidado, pues no habrá una nueva oportunidad para tus desplantes. No estás en oposición de negociar, de modo que piénsatelo y si estás de acuerdo parpadea dos veces.

Así lo hice. El enano me miró de hito en hito durante unos segundos, se encogió de hombros, y movió de nuevo su varita alejándola de mí. Me sentí una vez más dueño de mis actos y me levanté, sacudiendo mi traje, ahora lleno de pequeñas briznas de hierba y polen. Al pasear había desajustado el nudo de mi corbata y me había desabrochado los botones superiores de la camisa, por lo que también me picaban el cuello y el pecho. Intenté aparentar la mayor decencia posible, sin dejar de mirar la varita que ahora odiaba más que al jefe que me acababa de despedir sin darme tiempo a explicar lo que había sucedido.

-Siéntate- me indicó mi interlocutor, señalando con la mano libre uno de los tocones que salpicaban el claro en que nos hallábamos.

-¿Cómo debo de llamarte, entonces?

Pensó un instante con los ojos cerrados y el ceño fruncido. Durante un momento pareció un niño enfurruñado, y me sentí asquerosamente mal porque aquel esbozo de elfo llevara el peso de la conversación.

-Mmmmm... Está bien. Mi verdadero nombre es impronunciable para ti, pero podríamos intentar traducirlo a este dialecto. Sonaría algo así como *M'goadat-kenadz*, si eres capaz de pronunciarlo.

Le miré, sin decidir si estaba quedándose conmigo o hablaba en serio.

-¿Y si te llamara Mag, tendríamos un nuevo conflicto?

Pensó durante un instante y sonrió complacido.

-¡Eh, sí! ¡Ese nombre me gusta! Mag, Mag, Mag... Suena fuerte como un terremoto y deslizante como una víbora en aceite. ¡Mag!

Me pasé las manos por la cara en un gesto de resignación, pero lo único que conseguí fue estornudar por el polen. No esperaba que Mag me dijera ¡*Jesús!*, y me sorprendió que lo hiciera.

-Gracias...

-¿De qué te sorprendes? No entiendo por qué dudáis de la existencia de aquel que os creó. Pasáis por alto tal cantidad de señales que deberían convencer os todos los días que fácilmente podríais perecer sucumbidos en ellas.

-Te agradecería que fuésemos al grano, empiezo a sentirme enfermo. ¿Qué pasa aquí?

-Vale, vale... Sólo intentaba que confiaras en mí. ¿Qué me dirías si te dijera que yo puedo ayudarte a recuperar tu empleo, a hacer que nada de lo que ha sucedido en estos últimos días fuese real y que tuvieras de nuevo todo el juego en tus manos?

Recapitulemos. Me acababan de despedir. Había salido a pasear con ganas de perderme, y había acabado perdiéndome de verdad. Me había tropezado con un bufón enano vestido de colores chillones, lo que ya debería haber bastado para que hubiese dudado de mi buen juicio, y ahora me sorprendía tomándome en serio una proposición que hacía no muchos días me habría hecho reír hasta que se me desencajara la mandíbula.

Pero estaba serio, muy serio, y tras el incidente de la varita, ya no dudaba de la veracidad de lo que me estaba sucediendo.

Todo había comenzado por una apuesta absurda con un amigo. Este había invertido en bolsa, y yo me había jactado de la confianza que mi jefe depositaba en mi persona.

-¿En serio?- repuso mi amigo-. ¿Y por qué no inviertes algo del dinero de tu jefe?

Pensé que bromeaba, pero resultó que hablaba en serio. En cualquier otro momento lo habría mandado a freír espárragos, pero mi mujer acababa de quedarse sin empleo, y no podíamos hacer frente a los gastos que se nos acumulaban mes a mes. Mi sueldo no era gran cosa, pero manejaba todos los días cientos de miles de euros de mi jefe sin que este le prestara ninguna atención a los dividendos a final de mes. Hacía casi un año que trabajaba para el señor Morgan, y ni una sola vez había revisado los montantes de las operaciones que yo realizaba para él. Era asquerosamente rico, y no creo que su solvencia económica dependiera ni mucho menos del trabajo que yo le realizaba; sin embargo, para alguien como yo, que sudaba tinta para poder comer todos los días en condiciones, y cuya mujer, principal sustento de la familia hasta aquel momento estaba en el paro y con una depresión de caballo que la imposibilitaba para volver a ejercer un empleo quién sabe durante cuánto tiempo, las cifras que pasaban por mis manos hacían que se me pusiera la carne de gallina. Durante un instante dudé, pero en realidad me había decidido desde que las palabras salieron de las cuerdas vocales de mi amigo.

-¿Acaso no te atreves? ¿O es que no tienes tanta confianza con tu jefe como quieres hacerme creer?

-¿Sabes? Creo que voy a invertir.

-Bueno, Arnoud, ya sabes que mi agente no me deja invertir menos de dos o tres mil euros...

Yo sabía que mentía, pero el farol ya estaba echado, y yo me lo comí con patatas.

-Que sean seis mil. Mañana haré la transferencia a tu cuenta. Espero que tu cartera de valores sea lo que has dicho que es.

-Vas a alucinar. Dentro de un par de meses, devolverás el dinero a tu jefe, y engrosarás tu cuenta corriente lo suficiente para que tu mujer se cure de la depresión de golpe.

Obviamente, mi amigo desapareció del país con mi dinero, y el de otras víctimas que creían ser también amigos suyos. Imagino que ahora ese mal nacido debe estar atiborrándose de cócteles en alguna isla tropical a costa nuestra. Pero ya me da igual.

No le conté nada a mi mujer, pues podría haberle ocasionado otra crisis, cuando parecía que comenzaba a responder al tratamiento. Qué irónico. Ahora la voy a defraudar más de lo que hubiera podido creer en aquel momento. ¿O tal vez no?

Debía devolver el dinero como fuera. Si yo también perdía mi empleo, mi familia estaba perdida. Durante los siguientes días viví temiendo la fatídica llamada de teléfono en la que mi jefe, airado, me pedía explicaciones sobre mis actos y después me despedía. Pero aquella llamada no se producía. Cuando llegó el extracto del sueldo, me sentí con ánimos por primera vez desde el incidente, y me fui al casino. Pensé que recuperaría el dinero poco a poco. Y, si tenía un golpe de suerte, tal vez pudiera devolverlo todo sin que ni mi jefe ni mi mujer se dieran cuenta de ello.

Perdí las tres cuartas partes de mi sueldo en apenas un par de horas. Para cuando pensé en desesperarme, ya no había remedio. Vagué por las calles, atormentado, inmerso en una creciente sensación de que se me aproximaba un terremoto y yo corría para huir sin moverme del sitio.

Sólo encontré una solución. Tomé prestado más dinero de mi jefe, para rembolsar el sueldo en el banco, y un poco extra para probar fortuna de nuevo, esta vez en las apuestas. Mi jefe no se enteraba de nada. Y yo tampoco. A las dos semanas, había cogido cerca de veinte mil euros y ya había perdido la esperanza.

Supongo que recibió una llamada del banco, que se preguntaba por unas transacciones de lo más sospechosas, pero el caso es que recibí la visita de mi jefe un par de días antes de cumplir un año trabajando para él. El resto os lo podréis imaginar sin demasiadas abochornantes explicaciones.

-Diría que estás loco, si me permites decirlo- contesté ante la proposición de Mag.

-Pero...

-Pero- continué, sorprendido de que aquel enano leyera mi mente con tanta claridad-, si hubiese una sola posibilidad de que fuese real, te besaría el gorro hasta desgastártelo.

Mag compuso una mueca de asco y alzó la mano en la que no sostenía la varita para proteger su prenda, hasta que comprendió el significado de la metáfora y sonrió.

-Bien, Arnoud, creo que no hará falta que me lo agradezcas hasta ese punto. Haremos un trato.

-¿Qué clase de trato?- pregunté yo, suspicaz de repente.

-Bueno, un buen trato para ti, creo.

Sí, ya sé lo que estarás pensando, y no, no es algo que se me pasara por la mente en un instante de locura transitoria. Ojalá todo se redujera a que me encerraran en una habitación de paredes acolchadas, comiera tres veces al día, y mi mujer me visitara de vez en cuando hasta que encontrara a alguien mejor para compartir su vida. Pero ahora piensa por un momento en lo que tú estarías dispuesto a creer en una situación como la mía. A decir verdad, el numerito que había efectuado Mag con la varita dejándome inmóvil me había impresionado más de lo que estoy dispuesto a admitir, y por otro lado, ¿qué tenía que perder?

En realidad, más de lo que yo creía. Aquel desgraciado embaucador me engañó vilmente y doy gracias a Dios por no haberme vuelto a cruzar con él, pues en este momento tendría que preocuparme por responder ante El también de atentar contra el sexto mandamiento. Y ya tengo bastantes pecados por los que rendir penitencia.

-Bien, dispara.

-No te precipites en responder cuando escuches lo que voy a decirte, piénsalo bien.

-Venga, Mag, me gustaría regresar a casa antes de que mi mujer me eche en falta, o...

Callé, pero enseguida me di cuenta de que aquel enano de circo ya sabía en qué estaba metido.

-No te preocupes, cuando todo esto termine, si decides aceptar, regresarás en una forma más literal de lo que te esperas. Bien, el trato es el siguiente: Yo haré que todos tus problemas desaparezcan, y a cambio tú te quedarás con mi varita.

Por un fugaz momento, un mal presentimiento se adueñó de mí, y tuve la sensación de que todas mis neuronas, una por una, se afanaban desesperadas por salir corriendo de mi cuerpo y huir de aquel claro. No debía de haber oído bien. ¿El trato consistía en quedarme con una varita mágica?

-Vale- dije, tratando de serenarme, pues estaba temblando-. ¿Dónde está el truco?

-No hay ningún truco. Esta varita me fue entregada en un momento de zozobra y debilidad, igual que el tuyo. Yo tenía un problema, y *alguien* me ofreció el mismo trato que yo te ofrezco ahora a ti. Pero debes de saber una cosa.

-¿Qué?

-A partir del momento en que aceptes la varita, te pertenecerá por entero. La única manera de que te puedas deshacer de ella es ofrecer a alguien el mismo trato que yo te estoy ofreciendo a ti, y que esa persona lo acepte sin engaños, tal y como yo lo estoy haciendo contigo. Mientras sea tuya, deberás buscar a las personas con problemas y ayudarlas si es su deseo. Por supuesto, podrás ayudar a quien quieras sin deshacerte de la varita, pero por experiencia te digo que es algo que te consume, y pronto desearas dársela a alguien, pero ahí ya entra tu carácter. Bien, ¿qué dices?

Mag se calló, y yo miré la varita, después a él, y de nuevo a la varita. Ahora que la miraba detenidamente, observaba características que se me habían pasado por alto en mi primera impresión. La madera parecía pulida, y tenía una pátina brillante que la hacía parecer casi etérea. Estaba salpicada de pequeñas piedras preciosas, que parecían esmeraldas y rubíes, aunque no hubiera sabido precisarlo en ese momento. Y en el extremo opuesto al que sujetaba Mag, una enorme perla blanca emitía destellos, como si me llamara.

-Tengo algunas preguntas antes de responderte.

-Está bien- suspiró Mag impaciente-.

-¿Es una vara única?

-¡Claro que no! Hay varias, aunque no demasiadas. Las varitas se destruyen cuando su poseedor muere sin habérselas entregado a nadie, pero no hay muchas posibilidades de que eso ocurra, ¿no te parece?

-Supongo que no. ¿Y es por la varita por lo que sabes lo que me ha estado pasando estos últimos días?

-¡Pues claro! ¿Por qué iba a ser si no?

-Bueno, no te ofendas, pero no me encuentro todos los días con... *gente* como tú.

-Hombre, la verdad es que nosotros preferimos que vuestra raza no sepa de nuestra existencia, pero he decidido hacer una excepción, porque además, ¿quién te iba a creer si contaras lo que acaba de pasar?

-Sí, tienes razón... ¡Bueno, está bien, acepto ese trato!

La cara de Mag se iluminó, y mis neuronas volvieron a encenderse como si se hubiera desencadenado un incendio en mi interior. ¿Por qué nunca le hacemos caso al instinto?

-¿Estás seguro?

-No tengo otra opción, y tú lo sabes. Ahora serás libre, pero como me estés engañando y no se solucione mi situación, juro que te perseguiré y te haré tragar toda la ropa que llevas puesta.

-¡Vaya humor! Cógela.

Me alargó la varita, y entonces comencé a sentir expectación y, tengo que reconocerlo, miedo. ¿Y si todo era un sueño, una mentira? Alargué a mi vez la mano y tomé la vara de madera. En el momento en que cerré el puño, se desencadenó la tormenta.

Sentí una corriente fortísima ascender por mi antebrazo, y al mismo tiempo la expresión de Mag cambió de un modo tan brusco que me asusté. Lo que hasta ese momento había sido candor y comprensión se volvió vileza y desprecio. Creo que en ese momento me di cuenta de que todo había salido mal, pero lo que pasó a continuación me sumió en la duda.

-Sólo tenemos unos segundos, pequeño *humanito*, de modo que seré muy breve. Debes de saber que existen varias clases de genios en el mundo; que algunos somos muy mentirosos, y que todos, *sin excepción* evitamos dar algo a cambio de nada. Que tengas suerte, quizá tú consigas evitar lo que ni siquiera un genio como yo hubiera podido. Aunque no lo creo...

Rió con una maldad que yo no creía que cupiera en un cuerpecito tan pequeño, y desapareció.

Bueno, en realidad fui yo el que desapareció y no él. Me explico; de pronto me encontré en el bar al que había acudido con mi supuesto amigo antes de que me estafara. Pero no, me di cuenta de que aquel que yo llamaba amigo mío estaba allí, frente a mí, hablándome de la inversión como hacía ya una vida. ¡Había regresado en el tiempo!

-¿Acaso no te atreves? ¿O es que no tienes tanta confianza con tu jefe como quieres hacerme creer?- me dijo de nuevo aquel que pensaba en estafarme mi dinero.

Si no le di una paliza en ese momento fue porque mi cabeza bullía con tal cantidad de ideas que mis terminaciones nerviosas estaban tan saturadas que no me permitían moverme. Ajeno de repente a todo lo que me rodeaba, quise atender mis ideas de una en una.

-¿Qué te pasa, Arnoud? Te has puesto pálido.

-Deja que te dé un consejo.

-¿Tú a mi? ¡Qué divertido! A ver.

-Mi consejo es que devuelvas todo el dinero que has estado estafando antes de dos horas, porque ahora mismo voy a salir de este bar y me acercaré a la primera cabina que vea para llamar a la policía y darles un soplo anónimo acerca de tus actividades.

-Pero, ¿de qué estás...?.

-No quiero escucharte. Yo te he avisado. Que ya es más de lo que te merecías teniendo en cuenta que ibas a estafarme a mí también.

Nunca podrá adivinarlo; pero donde quiera que esté, pues huyó de todos modos igual que la vez anterior (pero sin mi dinero), estará por siempre intentando averiguar como demonios me enteré de sus manejos. Al menos de eso sí que me alegro. En aquel momento lo dejé con la boca abierta y la mano temblando y salí del bar con la cabeza muy alta. No llamé a la policía hasta que no llegué a la cabina que hay al lado del portal de mi casa, pues quería poner mis pensamientos en orden ahora que sabía que todo lo malo que me había pasado había desaparecido. Después de colgar, mientras subía hasta mi casa, donde me esperaba mi mujer, me sentí feliz. ¡Todo era verdad! Mag había existido, aunque no fue hasta después, cuando me recuperé de los efectos del viaje en el tiempo que me había dejado algo aturdido, cuando me acordé de sus últimas palabras. Sentí un peso en el pantalón, como si de pronto tuviera el bolsillo lleno de piedras. Introduje la mano y la cerré en torno a la vara que había aceptado. De nuevo la descarga, pero de menor intensidad, me recorrió hasta el hombro, y me pareció escuchar una risa lejana, como si proviniera de otra dimensión. Y puede que así fuera. Decidí pensar en las implicaciones de mi último día vivido sobre la tierra después de cenar, metí de nuevo la varita en el bolsillo, y entré en casa.

Mi mujer se asombró cuando me vio. Siempre me he maravillado de la capacidad que tienen las mujeres para intuir cuando algo no marcha bien, o cuando ha pasado algo extraordinariamente bueno.

-¿Te pasa algo, Arny?- me preguntó, y sonrió.

Hacía varios días que no la veía sonreír, por lo que me quedé plantado en la entrada y pasaron algunos segundos hasta que me rehice y cerré la puerta. Ella lo había percibido, por lo que tenía que decir algo convincente.

-El jefe, me ha dicho que está muy contento con mi trabajo. Puede que me contrate como empleado fijo. Imagínate lo bueno que sería eso para los dos.

Mi mujer me miró, suspicaz, pero se encogió de hombros y dejó de sonreír.

-Creí que era algo diferente, parecías un niño de diez años que se ha topado con una lámpara maravillosa en el jardín.

Había estado tan cerca de la verdad que me pregunté si no tendría ella algo de genio también. Me quedé sin aliento y tuve que sujetarme al mueble del pasillo para no perder el equilibrio camino de la habitación. Me

cambié, guardé la varita en el cajón de mi ropa interior e hice una cena todo lo lujosa que pude teniendo en cuenta lo vacía que estaba ya la nevera a finales de mes. Aquella noche, por primera vez en varias semanas, conseguí hacer el amor con mi mujer y después, cuando ella estaba ya dormida, me sorprendí mirando sin parar de reojo hacia el cajón donde reposaba la vara que me había devuelto la vida. Allí, en la oscuridad, en la tranquilidad de la noche, me dije por vez primera a mí mismo que aquello era demasiado sencillo. Todo había resultado demasiado fácil. Me comencé a acordar de las palabras de Mag y mi cuerpo se estremeció. Me dormí pensando que algo estaba a punto de pasar.

Por supuesto, la ilusión de que todo iba bien duró tan solo un día. A la mañana siguiente acompañé a mi mujer al médico. Yo ya sabía lo que iba a decirle, que progresaba muy lentamente, le recetaría un par de pastillas nuevas, y a casa hasta dentro de otro par de meses, en los que visitaríamos con relativa frecuencia al psicólogo que la trataba, y que yo sospechaba que estaba alargando el tratamiento para aumentar sus honorarios.

Mi sorpresa fue cuando el médico, con la cara muy seria, pidió hablar conmigo a solas mientras la enfermera llenaba un montoncito de tubos de ensayo con la sangre de mi mujer.

-¿Sí, doctor?

-Verá... No sé como decir esto... Hay algo extraño en los últimos resultados de los análisis de su mujer.

-¿Extraño? ¿A qué se refiere?

-Bueno, me parecía recordar que ya había examinado los resultados antes de su visita, Arnoud, pero esta mañana les eché un nuevo vistazo y descubrí algunos datos que no están claros.

El vello de la nuca y de los brazos se me puso de punta, y mi mente evocó con total claridad la imagen del cajón de mis calzoncillos, como si estuviese flotando unos centímetros por encima de la cabeza del doctor. Empecé a imaginar lo que pasaría a continuación.

-¿Y qué tienen de extraño los análisis?

El médico me pasó un papel, y yo lo miré sin comprender muy bien lo que significaba. Representaba un diagrama con ondulaciones. La de la izquierda y la de la derecha eran mayores que las demás.

-¿Y esto?

-Se llama *electroforetograma*. La curva de la derecha debería de ser tan baja como todas las demás excepto la de la izquierda.

Miré al doctor sin comprender todavía, pero no me gustaba nada lo que estaba escuchando.

-Ese máximo en la *sección gamma*- prosiguió el médico-, indica un aumento de *inmunoglobulinas*. En cristiano, es posible que su mujer sufra una especie de mieloma.

-¿Mieloma?

Esa palabra sí que la conocía. Cáncer.

-¿Cáncer? ¿Me está diciendo que mi esposa tiene cáncer?

-Me temo que sí, y por los valores anormalmente altos es posible que esté en una fase avanzada. No me explico cómo se nos ha pasado por alto en los anteriores análisis, pero creo que deberíamos ingresar a su mujer para hacerle...

No recuerdo lo que vino después. Tampoco importa. El caso es que mi mujer sobrevivió doce días, aunque a partir del tercero ya no me conocía. El doctor se sentía culpable, no se explicaba como era posible tanta virulencia incluso en un cáncer. Lo atribuyó a que estaba en fase terminal, aunque no tuviera pruebas para explicar porqué no lo habían detectado antes, pero a aquellas alturas yo ya sabía la verdad. Había sido él. Mag. O la varita, tanto daba, pues la había recibido de él. Lo peor de todo fue que mientras mi esposa se moría ante mis ojos, yo sólo podía pensar en regresar a casa para poder tener entre las manos aquella vara maldita. Deseaba sentir su poder. Me corrompía, y sabía que aquello era tan sólo el principio. Lo único que tenía en el mundo ya no estaba, y yo pensaba en lo que podría conseguir con lo que se me había entregado.

Gracias a Dios, en el funeral pude aclarar mi mente. En el momento en que la tapa del ataúd se cerraba por última vez, entendí lo que el pequeño *bastardo* me había querido decir antes de que el tiempo retrocediera. No se consigue nada por nada, o todo tiene sus consecuencias, es lo mismo. Cuando el rostro de mi mujer se sumía en la oscuridad eterna, yo rompí a llorar. No sólo era por no volver a verla ni a tenerla entre mis brazos, ni porque me enterara al final de que estaba embarazada. Era porque *yo era el culpable*. El genio desgraciado había abusado de mi desesperación, pero me estaba muy bien empleado por no haber confiado en los míos desde el principio y haber buscado su ayuda. Era culpa mía, y yo tenía que procurar que no volviera a ocurrir. Se lo debía a mi mujer y a mi hijo, y no debía defraudarlos.

Y aquí estoy, cerca ya de la medianoche, sentado frente al reloj de cuco, esperando que el veneno que he tomado haga efecto. Sólo tengo una duda. Espero que Mag dijera la verdad al menos en eso. Espero que la maldita vara desaparezca cuando me llegue la hora. En todo caso, si alguna vez te encuentras con alguien que te ofrece un trato irrechazable, reflexiona bien antes de aceptar. Yo no lo hice, y... y...

FIN